

Poemas de Rupert Brooke

El cielo

En el mes de la mosca, el favorito
manjar del pez—en junio, él suele ahito
matar el tiempo de empapada siesta
filosofando. En semiturbia encuesta
mental su sino definir pretende
y a cuanto ansia o teme el pez atiende.
Acepta, como punto de partida,
que el pez vive en el agua. Mas su vida
pasa pronto, lo cual de ningún modo
es grato—piensa el pez. Por ende, todo
le conduce a creer que mucho y bueno
ha de gozar post vida en agua y cieno.
Qué pez, si tiene el ojo reverente,
no ve el plan de lo Líquido? Es clemente.
Y con la fé la lógica asegura
contra absoluta sequedad futura:
el agua es agua y sólo al agua crea.
Por tanto, al pez no asusta la marea
de la muerte que nunca le termina.
Piadosa ella le arrastra a una piscina
sin bordes, pura, donde es más aguada
el agua, donde en gloria el Gran Sér nada,
escamoso, inmortal, benigno, mudo,
que hacer los mares y los ríos pudo
y a su imagen al pez: piscina adonde
ningún anzuelo la carnada esconde,
ninguna infame red está tendida...
Ah! no: en su excelsa flora submergida
y limo cemental, o fluctuantes,
engordan los gusanos abundantes,
y vienen a entregarse, a las olillas,
encantadoras moscas y polillas...
Patente está ese cielo a que los peces
alzan sin voz, más con la aleta, preces.

Trad. de G. de Zéndegui. Del tomo So-
nes de la lira inglesa. London. 1920.

La paz

Sea el Señor loado que en su hora depara
despertar en nosotros la juventud dormida,
robustecer el brazo, la mirada y la vida,
y como nadadores, volver a la onda clara.

Volver dejando un mundo hastiado, viejo y frío;
dejando corazones que honor mover no pudo,
medio hombres que alzaban cantar obscuro y rudo,
y de amores mundanos el pequeño vacío.

Los hombres de vergüenza, encontramos consuelo
donde el sueño quedando, sin maldad y sin duelo,
sólo el cuerpo se rompe y la sangre se vierte;

donde sólo perturba la paz que el pecho ansia,
el efímero trance que se llama agonía,
y el amigo peor y el rival es la muerte!

es peor que brasa en la palma de la mano?
No sé; voy de cabo de verdad en cabo de
verdad, pasando por todas y desechán-
dolas... Me llamaré en el baño, en sole-
dad, mirándome en un espejo: Fernando.
Fernando!! Dónde estás oculto, Fernando?
Porqué no te manifiestas y te impones y
gritas con frase llena de persuasión: Así
es!!; lo vi!!

Me iré por los caminos y montes y lla-
nuras, a pie, en busca de mi propia be-
lleza, la belleza encarnada, el ideal encar-
nado. En este centenario del Mahatma
deseo adquirir eso que tenía él, mejor que
el oro y la verdad, facultad de irradiar

En el centenario...

(Viene de la página 157).

vida. Dónde estás, copa del conde Cagliostro!
Pero ninguna libertad he visto, ningún
deseo de libertad, desde que murió Simón
Bolívar.

Qué he visto desde mi niñez y qué he
sabido de lo anterior? Generales y aboga-
dos que desean ser Presidentes. He visto a
Sánchez Cerro en el Perú. Uriburu en
Argentina, Getulio Vargas en el Braisl,
muchos indios airados en Bolivia y a
Olaya en Colombia: la madre de las re-
públicas despedazada.

Los muertos

Sonad, sonad trompetas, sobre el rico despojo
de estos muertos, que hoy yacen coronando su suerte,
pues nos hizo regalo de su gloria la muerte.
Dejaron nuestro mundo y al derramar el rojo

vino de su dorada juventud, renunciaron
años de lucha y júbilo; el tiempo entumecido
que la vejez aporta, y a los que hubieran sido
sus hijos, su sagrada vida inmortal legaron.

Sonad, sonad trompetas, faltaba amor y acero!
El honor en rey vuelve a la tierra abatida,
y una vez más se colman nuestras necesidades,

pues él paga a sus siervos con galardón larguero;
otra vez la nobleza cruza por nuestra vida,
y una vez más entramos en nuestras heredades.

Los muertos

Corazones tejidos de duelo y alegría,
lavados por corrientes de júbilos y penas;
les dio bondad el tiempo, la aurora sus amenas
caricias, y fue suya la hermosa luz del día.

Ellos oyeron música, miraron baile y goce,
durmieron, despertaron, fueron gratos, amaron;
la admiración turbóles un momento, y tocaron
pieles, flores, mejillas... ¡Ya todo eso acabóse!

Las aguas siempre corren y brillan bajo el fuego
del sol y bajo el ósculo del viento audaz, y luego
el hielo de improviso suspende aquel derroche

de gracia y movimiento, y deja blanca estela
de gloria inolvidable, de luz en terca vela,
y de paz absoluta cubierta por la noche!

El soldado

Pensad, cuando supiereis que al fin he sucumbido:
En el rincón oculto de alguna extraña tierra,
que será para siempre ya parte de Inglaterra,
hay con su polvo un polvo más rico confundido.

Polvo a quien Inglaterra dio forma, sér y vida;
dio para amar, sus flores; para vagar, sus campos;
un cuerpo de Inglaterra, que recibió los lampos
de su sol; y las ondas de su agua bendecida.

Mi corazón, ya limpio de todo mal interno,
y siendo nada menos que un pulso del Eterno,
devolverá los dones que la Patria le diera:

Sus vistas y sonidos, sus sueños de ventura,
la risa que el amigo enseña y la ternura
de pechos apacibles, bajo su limpia esfera.

Trad. de Pedro Requena Legarreta. Del tomo Antología de poe-
tas muertos en la guerra (1914-1918). «Cultura». 1919. México.

Por eso mi gran deseo de predicar el
advenimiento del gran mulato.

Suramérica está en poder de hombres
que no se preocupan de nacionalismo, del
aporte animico que pueda suministrar al
acervo universal.

Colombia no tiene alma; toda ella es
Mundo al día.

El hombre es un ocioso aburrido que
crea grandes hombres para seguirlos; no
es libre; no se preocupa por crearse a si
mismo. Por ociosos crearon los judíos el
becerro de oro; qué iban a hacer, a tener
y amar, si el tartamudo Moisés estaba
entre el monte grabando penosamente diez